

OPINIÓN

La era post-AMLO: el triunvirato que no fue

Por Marco Arellano Toledo*

La historia de Roma, ese inmenso almacén de lecciones políticas ofrece un espejo lejano pero pertinente para observar las crisis de poder que sobrevienen cuando un liderazgo fuerte, omnipresente se esfuma. El problema no es el vacío en sí, sino la incapacidad de una sola persona para heredar y contener la gravitación de ese poder. La solución romana ante esa encrucijada fue “el triunvirato”, un acuerdo formal o tácito, entre tres figuras para repartirse el control del Estado en tiempos de zozobra.

Hubo dos triunviratos en Roma. El primero, una alianza táctica entre Julio César, Pompeyo y Craso, la cual demostró que la ambición personal puede, paradójicamente, ser el cemento de una estabilidad temporal. El segundo, tras el asesinato del propio Julio César, fue un pacto sangriento pero legal entre Octaviano, Marco Antonio y Lépido, diseñado para evitar el colapso después del magnicidio y buscar no fragmentar el imperio naciente. En ambos casos, la lección fue que, ante la ausencia de un líder único e incuestionable, la gobernabilidad exige la renuncia al monopolio unipersonal del poder.

Al observar el panorama político de México, resulta tentador buscar un símil moderno. Con la salida de Andrés Manuel López Obrador, la Cuarta Transformación perdió su eje gravitacional único. AMLO no era solo un presidente, era un sumo sacerdote y un caudillo. Su palabra no solo era ley, sino el basamento emocional que mantenía unidas a las diversas y a menudo disímiles facciones de su propio movimiento; en ese sentido, consiguió la ambiciosa intención de concentrar la voluntad de todo un proyecto en su propia persona.

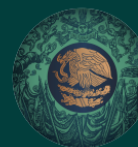
La sucesión presidencial que orquestó fue, en este sentido, una paradoja monumental, pues el mecanismo de la encuesta, que legitimó a Claudia Sheinbaum, venía acompañado de un pacto de reparto de influencias que pretendía ser un triunvirato sui generis.

A los perdedores notables —Marcelo Ebrard, Adán Augusto López, **Ricardo Monreal** y Gerardo Fernández Noroña— se les prometieron posiciones clave que consistían en una Secretaría, coordinaciones en el Senado y la operación legislativa en Diputados. Este acuerdo, si bien informal, era la hoja de ruta para la paz cuatroteísta post-AMLO, garantizando cierta gobernabilidad del proyecto transexenal.

La lógica histórica sugería que, ante ese vacío, el poder se habría repartido y su ejercicio sería colegiado. No obstante, ese triunvirato tácito nunca fructificó. Su ausencia es, quizás, el rasgo definitorio de la compleja etapa post-AMLO. Lejos de pactar, integrar y consolidar una dirección de consenso, la presidenta Sheinbaum ha optado por una estrategia de afirmación del control político en torno a ella. Por su parte, los otros personajes no lograron también entender el papel que les tocaba jugar, sus ambigüedades, su machismo, y por qué no, su pasado, les jugó en contra. Así, en lugar que todos sumaran como aliados necesarios, la ambigüedad de unos y la necesidad de ejercer el poder presidencial sin cortapisas por parte de ella, hizo que el único camino a tomar fuera el de subordinarlos. O, peor aún, marginarlos, buscando ejercer el control que solo le estaba reservado al anterior jerarca.

Esta decisión ha generado un costo político altísimo, visible en la atomización del liderazgo que, paradójicamente, debilita al propio proyecto político de los cuales todos

se creen herederos y depositarios. La evidencia es pública y la vemos todos los días entre declaraciones de unos y otros. En el Congreso, las figuras de Monreal, Noroña y Augusto López, lejos de ser pilares del régimen, han sido



**Corrinaciones
y la operación
n Diputados.
rdo, si bien
la hoja de ruta
atroteísta post-
tizando cierta
id del proyecto
exenal**

sistémicamente liderazgos conve-
nencieros que en úl-
timas instancias han
recibido palos de su
propio gobierno. La
táctica empleada no
ha sido la alianza, sino
la contención a través
del escarnio y las in-
directas muy directas
de que sí hay corrup-
ción y excesos ten-

drán que rendir cuentas. Los viajes lujosos de
Monreal, las acusaciones de enriquecimiento
contra Adán Augusto, las fricciones públicas
con Noroña, no son meras casualidades pe-
riodísticas, sino herramientas de una guerra
fría interna destinada a neutralizar a los po-
sibles rivales y centralizar la autoridad en el
Palacio Nacional.

El resultado es una paradoja peligrosa
para el oficialismo, pues, por un lado, se pro-
clama un proyecto hegemónico de transfor-
mación nacional, pero su propia estructura
de poder interna es una arquitectura fractu-
rada e inestable. La presidenta se encuentra
políticamente fuerte gracias al mandato de
las urnas, pero ya tentada a cerrar las puertas
de la negociación con algunos de sus corre-
ligionarios que desprovistos del orden cohe-
sionador que impartía AMLO, han intentado
operar como facciones insatisfechas contra
la propia presidenta. No hay un Octaviano,
un Marco Antonio y un Lépidio repartiéndose
las provincias y marchando unidos contra la
amenaza externa. En su lugar, hay una Octa-
via que intenta gobernar sobre una corte de
generales desleales y senadores recelosos.

Esta falta de un triunvirato, o de cualquier
forma de dirección colegiada sólida, está
erosionando la cohesión política del proyec-
to y poniendo en riesgo su ambición hege-
mónica. Un liderazgo unificado no se cons-
truye solo con la legitimidad abrumadora de
las urnas, por el contrario, se cimienta con la
capacidad de tejer alianzas y administrar leal-
tades en la trinchera invisible del poder coti-
diano. La era post-AMLO no es compleja por
la fuerza de la oposición, sino por la incapa-
cidad de sus figuras centrales para replicar el
arte romano del pacto. El triunvirato que no
fue es, quizás, la gran oportunidad perdida
para la 4T, y su ausencia podría ser la grieta
por donde se filtre su propio declive.

***Marco Arellano Toledo es doctor en
Ciencia Política.**

**Profesor en el Centro de Estudios Políti-
cos de la FCPYS en la UNAM.**

**A los perdedores notables
—Marcelo Ebrard, Adán
Augusto López, Ricardo
Monreal y Gerardo
Fernández Noroña— se les
prometieron posiciones
clave que consistían en una
Secretaría, coordinaciones
en el Senado y la operación
legislativa en Diputados.
Este acuerdo, si bien
informal, era la hoja de ruta
para la paz cuatroteísta post-
AMLO, garantizando cierta
governabilidad del proyecto
transexenal**